

1950

Sacheverell SITWELL



(Scarborough, 1897-1988) Poeta y escritor inglés en arte y arquitectura, más conocido como crítico y escritor del arte en la arquitectura, particularmente el barroco. Fue también el autor de biografías, ensayos y libros de viajes. Sirvió en la Primera Guerra Mundial a partir de 1916 en el ejército británico. En 1918, convaleciente de una enfermedad, publica su primer volumen de poesía. El trabajo en prosa con el cual se le identificaría más es *El arte barroco meridional*, publicado en 1924. Escribe cuatro libros de viajes entre 1948 y 1956. Su itinerario por España data de 1950. El texto de su recorrido por Almería, del que sólo habla con apasionamiento de Mojácar, se ha recogido de *España*, versión española de María Cristina Giaccio, editado en Buenos Aires por Espasa-Calpe, en 1956 (pp. 181-184).

MOJÁCAR

E stábamos ansiosos por no dejar de ir a Mojácar, ciudad con el mismo carácter mudéjar, a casi ochenta kilómetros de Puerto Lumbreras, en la provincia de Granada [sic], cerca del mar. La carretera conducía a Cuevas de Vera, ciudad con minas de plata y estaño, pero habíamos confundido esta ciudad con otra de nombre similar en la que hay gitanos que viven en cuevas, lo que nos decepcionó²²⁴. Hay una corta distancia desde aquí, bajando hacia el mar, hasta un lugar que es una completa escena de desolación [Garrucha], con fábricas en ruinas a lo largo de la costa, casas que fueron quemadas o bombardeadas y alguna cabra que paca en las calles cubiertas aún de malezas. La ciudad termina en algo que parece un puesto de vigilancia marítima espectral; la carretera corre paralela a ella y termina súbitamente, pero reaparece de nuevo y desvía internándose, más alisada, formando un ángulo agudo hacia el interior. Una colina cónica, con algunas líneas oscuras y sombras cerca de su cima, aparece ante nosotros. Llegamos a otro pueblo, preguntamos por Mojácar, y nos encontramos con que hemos seguido un camino equivocado. Debemos volver de nuevo al



²²⁴ Más bien me informaron equivocadamente. La colonia gitana de Cuevas de Vera es sólo inferior en interés a la de Guadix. No existe otra ciudad del mismo nombre.

Todas las imágenes reproducidas para ilustrar el texto de Sacheverell Sitwell proceden de la revista *Axarquía*, nº 8 (2003), p. 182 a 192.



puesto de vigilancia costera, donde no hay ningún camino y desde donde se baja directamente al lecho del río. Mojácar aparece ahora en lo alto de esa colina cónica, sin tener nosotros medios para llegar a ella. Pero hay una especie de huella escarpada, salpicada de pesadas piedras, que serpentea hasta allí, a través de otros lechos de río, y finalmente entra en un valle fértil. Ciudades como La Alberca [Salamanca], como Morella [Castellón], como Mojácar, sólo pueden existir en virtud de la fértil comarca que las rodea.

Pasamos por una granja que más parece la morada de un pintor, literalmente ahogada por la yedra y las enredaderas desde el piso al techo. Unos cuantos aldeanos pasan montados en sus burritos y Mojácar aparece de pronto junto al puente, pero en una altura tan escarpada que resulta difícil creerlo. Luego llegamos al pie de la colina, a un gran lavadero al aire libre. Allí la carretera empieza a ascender. Serpentea rodeando la colina de Mojácar sin muro o parapeto, con un panorama que pronto resulta mareante por su inmensidad y que, debido a su escala, es exactamente como si se

mirara hacia abajo desde un aeroplano. También es curioso que todavía no se divisen las casas de Mojácar. Se debe ascender justamente hasta la cima de la colina antes de verlas, hasta que se sale a una especie de plaza de pueblo y allí están las casas conforme se baja la otra pendiente de la montaña. No es que haya nada interesante en Mojácar con respecto a las construcciones, pero su situación es muy extraordinaria. Las casas ofrecen la parte superior completamente plana y las callejuelas son tan empinadas que más parecen escaleras.

Las mujeres de Mojácar, sin dejar una, usan chales amarillos que les cubren cabeza y hombros, algunas de un amarillo pálido y otras de un tono más oscuro o más azafranado, pero evidentemente el amarillo era la moda en Mojácar, y nos preguntábamos cuándo y por qué empezó esa moda. No había otro vestigio de traje regional, pero los chales amarillos se veían en todas partes y en todas las cabezas femeninas. Los hombres de Mojácar visten en forma común, como aldeanos españoles de cualquier parte. Sin embargo, esta comunidad de dos mil a tres mil personas que vive



completamente aislada, separada por bastantes kilómetros de todos los lugares, sin un camino siquiera que lleva a ella, sin ninguna línea férrea por allí cerca sino la de Almería, y que no hace ningún uso del mar, tan cercano, debe de tener una vida interior propia, que progresa por sí misma; y si una gran parte de la población morisca de España se componía de españoles que se volvieron musulmanes, hay unos cuantos pueblos pequeños, como Morella o Mojácar, donde lo contrario es la realidad y los habitantes son moros que cinco siglos atrás se convirtieron en cristianos. Tales son, como lo inferimos, las gentes de la Alberca, aunque es probable que no sean moros, sino bereberes. Por supuesto, hay otros lugares a lo largo de esta costa de España de frente al África del Norte en que la influencia morisca es muy intensa. Las mujeres con velos de Vejer de la Frontera, entre Cádiz y Gibraltar, son una prueba de ella. A las “monjas” negras de esa brillante

ciudad blanqueada, la más blanca de todas las ciudades meridionales, con sus patios llenos de rosas y geranios, y el África a la vista, las hemos comparado con las mujeres de Salé en Marruecos, que andan como escondiéndose, vestidas de blanco de pies a cabeza cual monjas cartujas o monjas blancas del Císter, dejando ver solamente un ojo, como si fueran cíclopes femeninos. Nos habían hablado de otro pueblo, Abarán, cerca de Cieza, adonde la carretera sube desde Murcia, en el camino de regreso a Madrid, y aprovechamos la oportunidad de ir allí a nuestro regreso. Abarán es un lugar donde se veía a las mujeres completamente cubiertas con velos (como las musulmanas), hasta el estallido de la guerra civil española. Descansa Abarán bajo los dentados picos de la roca en un oasis de increíble fertilidad, con plantaciones de naranjas y limones y muchos algarrobos.

En Mojácar vimos niños notablemente hermosos. Una niña, Antonia, de ocho años de edad, demasiado pequeña para tanto usar la manta amarilla, y que nos seguía con sus amigos subiendo y bajando junto a los precipicios de la ciudad, era un modelo de belleza española y de buenos modales. No puede haber mucho de malo en un lugar donde los niños son tan bien parecidos.

En la parte alta de Mojácar hay una casa que tiene balcones con grandes tiestos de rosas, geranios y otras clases de flores. Al volver una esquina se ve esa casa y hay que descender más abajo y mirarla desde un ángulo. Consta de varios pisos con ventanas floridas y terraza. Inquirí en la herrería del pueblo y me dijeron que era la casa del médico y que el jardín colgante era hermosísimo en todas las épocas del año. ¿Es este facultativo el responsable por la aparente falta de enfermedades en Mojácar? Él debe de gozar de mañanas y noches felices entre sus flores, y mirando allá abajo la llanura sin caminos. ¿Cómo se reciben las cartas en Mojácar? ¿Cómo llegan las medicinas? Pero nosotros nos ingeniamos un poco para conseguir realizar el viaje de regreso sin contratiempos, subiendo y bajando por riberas y vados cubiertos de ripios de los lechos de los ríos y llegamos al anochecer a Puerto Lumbreras, a tiempo para partir al día siguiente, temprano, hacia Guadix.

1953

Jean SERMET



Detalle de la carretera de la costa, entre Almería y Granada, y el auto del viajero.

(Toulouse, 1907-2003) Geógrafo, erudito y diplomático. Joaquín Bosque Maurel, en nombre del Departamento de Geografía de la Universidad de Granada, realiza una semblanza de su vida y su obra en el ejemplar dedicado en homenaje “al profesor Jean Sermet, Geógrafo andalucista”, publicado en *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada* (Nº 11, 1981; pp. 11-42), al que nos remitimos.

Licenciado en Letras por la Universidad de Toulouse, obtuvo el Diploma de Estudios Superiores de Geografía en 1928, llegando a ser profesor de Geografía de España y de los Países Hispánicos en dicha Universidad. Como diplomático desempeñará el cargo de director del Gabinete del Inspector General de la Prefectura de la región Midi-Pyrenées, después de la II Guerra Mundial. En 1930 viene a España para realizar uno de los clásicos estudios regionales de la escuela francesa de Geografía. A raíz de esta fecha, como él mismo confiesa, su vida y su obra quedan unidos a España y, especialmente, a Andalucía. En 1932 es nombrado miembro de la Escuela de Estudios Hispánicos de la recién inaugurada Casa de Velázquez. La elección de su tesis sobre Andalucía será trascendental en el desarrollo de toda su obra y, asimismo, marcará un hito en el conocimiento geográfico de Andalucía. Su espléndida tesis doctoral sobre *L'Andalousie de la Méditerranée, région géographique espagnole*, le llevó casi cuarenta años, ya que tuvo que replantearse su trabajo ante las transformaciones ocurridas a causa de la Guerra Civil española. Fruto de tantos años de investigación fueron sus trabajos dedicados a España, que ascienden a unos 85 títulos, de los que gran parte son concretamente sobre nuestra región.

Entre sus libros destaca *La España del Sur*. La primera edición francesa data de 1953, el relato aquí recogido es de la edición española posterior: *La España del Sur*, con traducción de Consuelo Berges; editado en Barcelona, Juventud, 1956; pp. 88-89, 96-100, 151-159, 160-162. Se acompaña de unas excelentes fotografías tomada por Yan.

ENTRADA POR HUÉRCAL OVERA

Pero el Pasillo, estrechado por la interposición de la Sierra de Enmedio, va siendo más seco. Sin río permanente. Emergen los conos secos, ya sin hortalizas, sólo con árboles y cereales. Pasemos el límite de la provincia de Almería y lleguemos a Huércal-Overa. El pasillo se prolonga hasta aquí y, con él, Levante; por lo demás, Huércal-Overa pertenece a la diócesis de Murcia-Cartagena. Pero el pasaje deja ya casi por completo de ser murciano: una rambla muestra una costra de sedimentos como en el desierto, de tonos violentos. En seguida de pasar este pueblo sin interés, la carretera abandona la depresión murciana,

que no tiene salida. Una subida dura, en curva muy cerrada por unas rocas ásperas, con barrancos, asombrosamente abigarradas a pleno sol. Bajo nuestros ojos, un vasto horizonte de montañas entre las que destacan muy claramente el pico de la Sagra y las cumbres blancas de Sierra Nevada: Del Pasillo Murciano nos hemos trasladado a las sierras y hondonadas de la Andalucía de las estepas.

MONTAÑAS Y CUENCAS

En los montes no se detendrán mucho los turistas. La mayor parte carecen de atractivo, pues se destacan muy poco sobre los valles en terraplén que los encuadran. No son más que sucesiones de cerros más o

menos arbolados y sin medios de acceso. A lo sumo, la Sierra de los Filabres, que rebasa los 2.080 metros en la Tetica de Bcares, presenta algunos hondones con ventisqueros, insuficientes por lo demás para atraer a los escaladores. Acaso se dejarán tentar por la Sagra, cuya cumbre solitaria y atrevida recordaba al doctor Bide el Puy de Dôme. Pero yo prefiero advertir que los últimos doscientos metros son de calcárea quebradiza y que no se encuentra ni una gota de agua.

Los arqueólogos irán a ver cerca de Vélez Blanco, en el extremo de la Sierra de María, la Cueva de los Letreiros, con dibujos prehistóricos (bastante borrosos); por lo demás, hay signos antropomórficos pintados al aire libre en muchas rocas de todas las sierras, pero solamente los fanáticos los buscan a través de los matorrales.

Sierra Almagrera y Rodalquilar

En cuanto a los ingenieros, después de conceder una mirada indiferente a las minas de hierro de las Sierras Filabres y Alhamilla, se detendrán de mejor grado en Sierra Almagrera, donde desde la más remota antigüedad se ha explotado un filón de plata nativa que tuvo su época de celebridad. M. Siret pasó en él cincuenta años de su vida, pero desde 1914 toda la plata que se sacaba de la mina no servía más que para pagar el achique de las aguas. Al menos le debemos a esta explotación argentífera el saber tanto sobre las primeras civilizaciones de España. El museo prehistórico que M. Siret conservó hasta su muerte (1934) en su finca de Herrerías era, sin disputa, el más rico de España. Más al Sur, el Estado explota una pequeña mina de oro en Rodalquilar (¡muy difícil de visitar!) en los repliegues de la cordillera de Gata; y ésta debe su nombre, por corrupción, a las piedras preciosas, a las ágatas que se encuentran en ella. Si se añade que un sondeo en los próximos campos de Níjar ha dado petróleo, y que las salinas del Cabo de Gata se especializan en la extracción de bromo, se tendrá una idea de la importancia minera de esta provincia de Almería, donde, a pesar de la actual decadencia de todas las empresas, todo el mundo conserva la nostalgia de la gran época, el siglo XIX.

Cabo de Gata

Volvamos la espalda a las agitaciones de los hombres. Vamos a recogernos en el mismo Cabo de Gata, el promontorio de Charybdemo de los antiguos. Al atardecer, no hay paseo más plácido. Pasamos las dunas de la llanura costera, socavadas de hoyas donde, al abrigo del viento, se han plantado algunas palmeras

e higueras. Bordeamos el estanque azul oscuro donde circulan chillando centenares de flamencos rosados. Después de las salinas, una carretera vertiginosa trepa por las rojizas pendientes de la sierra. De no ser por los millares de palmitos que se agarran a ella, estas rocas volcánicas, rugosas y pedregosas, serían enteramente áridas. Un barranco de adusta grandeza, que acaba en un arenal redondeado. Más allá, el cabo, con un faro y la casa blanca del torrero. Dos barcas se mecen en el agua transparente y lisa. Un fino ribete de espuma al fondo de una negra gruta marina. ¡Paisaje completamente helénico! La caleta acogedora, la aguada en la arena, invitan a varar la nave para pasar una noche placentera. Palpita en torno al vasto mar, el sol poniente dilata el horizonte a lo lejos, hacia las columnas de Hércules. Comulgamos con todo el mundo mediterráneo, en su pasado y en su presente. Este mismo paisaje, casi sin variación alguna, lo vio Kolaios de Samos ocho siglos antes de Jesucristo...

Bad lands de Gérgal-Tabernas

Los valles y barrancas esteparios no son, ni mucho menos, uniformes, pero tampoco son verdaderamente impresionantes más que en las partes quebradas en *bad lands*. En este aspecto, el descenso de Tabernas o de Gérgal a Almería no tiene apenas rival. Pero, en la mayor parte de los casos, la superficie de aluviones apenas ha sido arañada por la erosión. Y estas vastas llanuras planas y peladas pueden parecer tristes. El brillo de los cristales de sal o de yeso da como una impresión de esterilidad. No hay cultivos o hay muy pocos: monte bajo muy raso, leñoso y espinoso, y unas carreteras interminablemente rectas, jalonadas de raras posadas o casas de peones camineros. Se siente prisa por escapar de esta soledad triste y se pisa el acelerador, contemplando las altas montañas que, en el lejano horizonte, constituyen el fondo del decorado. Los pocos poblados que se atraviesan no tienen en general nada que atraiga el interés. Únicamente, muy al norte, la Puebla de Don Fadrique debe a su aislamiento y a la abundancia de los bosques de la Sagra el haber conservado curiosos tejados con aleros de madera esculpida, parecidos a los que, según viejos grabados, existieron en las ciudades andaluzas, y especialmente en Granada. Estas estepas son, por lo demás, viejas residencias humanas: cerca de Galera se encuentra la vasta necrópolis, ibérica sin duda, de Tutugi.

Sorbas

Pero debajo de la superficie esteparia de los pasillos se inscribe otro paisaje, el que cincela los ríos y

torrentes. Una primera fase de socava produce desfilaros, como el barranco de Gor que se atraviesa entre Guadix y Baza y que, por lo abigarrado, permite en las pendientes un milagro de olivos y, en el fondo mismo, una pequeña vega, deleite de los ojos que la estepa ha quemado. Estos barrancos suelen servir de puntos defensivos. ¿Qué pueblo más bonito que Sorbas, encaramado en lo alto de las murallas rocosas y prolongado en la espuela del meandro, de tal manera que la carretera de acceso tiene que pasar por un terraplén artificial? Recuerda Ani, antigua capital de Armenia. En una fase más reciente, las corrientes de agua han podido abrir en las margas un cauce bastante ancho. Corren por arenales pedregosos, que los rebaños de cabras utilizan como vías de comunicación. Sus orillas están guarnecidas de cultivos irrigados, en pequeñas vegas o huertas. Los productos difieren según la altitud: cereales y remolacha en Cúllar de Baza, hortalizas y naranjos en Vera y en Cuevas de Vera.

Aguas abajo del Almanzora

Bajando el río Almanzora por la carretera o el ferrocarril de Baza a Huércal-Overa se nota la progresión meridional de los cultivos. Tienen más atractivo que el paisaje mismo del valle, bastante monótono, aunque el río ha esculpido de vez en cuando algunos parajes de rocas pintorescas con viejos castillos moriscos, como los de Purchena y Albox. Se admiran las viñas en emparrado, esos parrales que son la gloria de la Andalucía mediterránea de Almería y que tienen aquí un anejo. De todos modos, todo este regadío sigue siendo precario. En el valle bajo del Almanzora puede ocurrir que pasen años sin lluvia apreciable...; entonces ahondan cada vez más los pozos en busca de aguas subterráneas, que, desgraciadamente, están cargadas de sales muchas veces nefastas para el riego. Por eso los previsores agricultores de la cuenca de Vera se construyen enormes estanques de cemento, redondos o cuadrangulares, donde el azul reflejo del cielo en la masa líquida refresca el alma tanto como los ojos.

Son estos espectáculos de la vida los que dan interés a estas regiones, no los esplendores del arte, que, según parece, ignoraron siempre. No hay que forjarse ilusiones ante la riqueza de los hallazgos arqueológicos, ante la impresionante vista de los pueblos moros como Mojácar: no son más que unos simples pueblos que tuvieron siempre una vida rural de agricultores y de pastores. ¿Por qué no han llegado a tener, como en Castilla, como en la Andalucía del Guadalquivir, como en el cercano Levante, algún monumento, por humil-

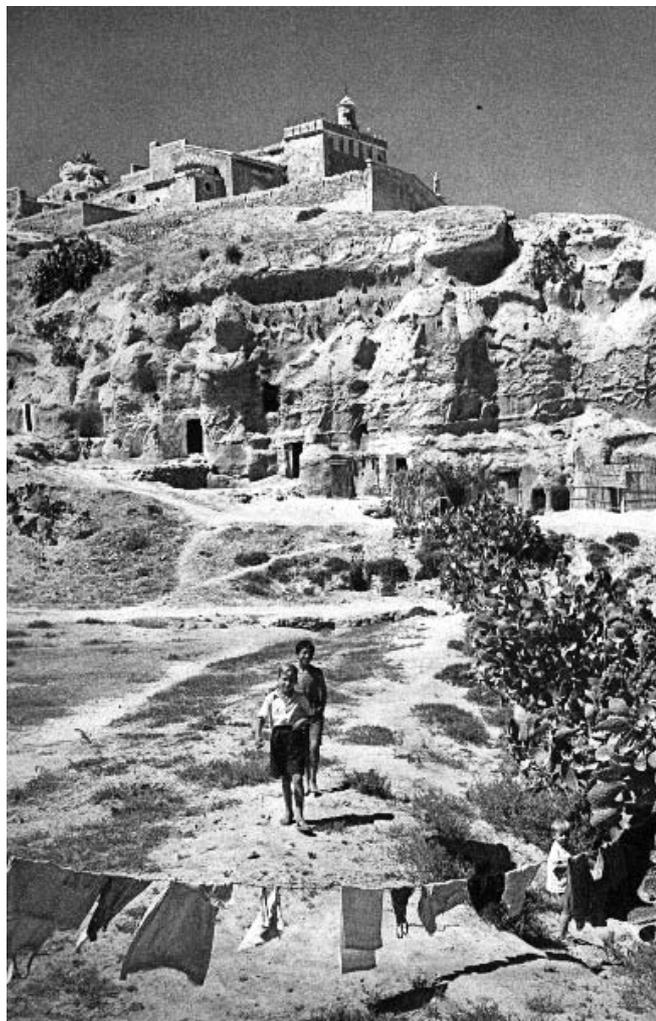


“Sorbas, en el aislamiento de su roca”.

de que fuera? No parece que la pobreza sea la causa, a juzgar por las capillas romanas que abundan en la mísera Andorra de la Edad Media... ¿Habrán que invocar razones raciales? ¿Habrán que ver en esto la marca de un Islam intransigente, fanáticamente enemigo de las imágenes, y acentuado en estos descendientes de los indígenas de la “civilización de Almería”, que acaso se identifican con los bereberes...?

Castillo de Vélez Blanco

Pero ellas [la Andalucía esteparia] nos reserva la más fuerte sorpresa: ¡Es la parte de España donde tuvo su origen el arte más delicado, el del Renacimiento! En los albores mismos del siglo XVI, unos artistas italianos construyeron aquí, para poderosos señores, castillos maravillosos. El marqués de los Vélez hizo edificar en Vélez Blanco, entre 1506 y 1515, un castillo de plano poligonal con un patio rodeado de muros almenados; más ya no podemos ver el interior: en



"Cuevas de Vera".

1903 unos americanos lo compraron, se lo llevaron y los reconstruyeron en América. En compensación, veremos, no sin dificultad, esta joya que es el castillo de La Calahorra...

DESCENSO POR EL VALLE DEL ANDARAX

Laujar-Fondón

[Procedente de Ugíjar] Seguimos hacia el este, por hoces y vertientes bajas con olivares varias veces centenarios. Dejemos los caminos que nos llevarían a Berja y a Adra. Quedémonos en la Alpujarra. Una fuerte subida entre rojos pedregales y nos asomaremos a una especie de verdadera llanura pequeña, entre viñedos que se extienden por un amplio fondo de pizarras cubiertas de conos de deyecciones. Famosos vinos de Laujar, jamones no menos famosos. Pueblo antiguo, que conserva recuerdos moriscos, una casa con enlosa-

do de la época, un patio de columnas de madera, una fachada que tiene esculpida una grosera y enigmática cabeza, acaso la de un morisco; casa que, según la tradición local, fue corte de Abén Humeya en su efímera realeza. En la plaza, una bella fuente del siglo XVII; otra más lejos, en el Fondón. Claras fuentes de múltiples surtidores tanto más agradables cuanto que ya se anuncia la sequedad de Almería y en la coraza calcárea que cubre la Sierra Nevada y la Sierra de Gádor no crece más que un enteco monte bajo. Soledad de estas semiestepas, donde la carretera va franqueando conos y barrancos.

Ohanes

Tradicionalmente, la Alpujarra continúa hasta el valle norte-sur del río de Almería. Pero en este extremo oriental se parece ya a un corredor de la Andalucía de las estepas. Margas claras, amarillas y blancas, cinceladas de la manera más inverosímil; barrancos cuyos cortes están subrayados con las cintas verde claro de los parrales, esos parrales irrigados, originarios precisamente de Ohanes, pueblo que se divisa encaramado a 900 metros en las oscuras faldas de Sierra Nevada. La uva nace en cualquier lugar donde ello sea posible. Hay algo de conmovedor en ver cómo se ha plantado a veces una parra en un minúsculo pedacito de tierra atravesado por una acequia. En los tres últimos cuartos de siglo, la vida se ha transformado aquí prodigiosamente. En todos los puntos del paisaje surgen grandes pueblos blancos, de tejados planos, inauditamente pintorescos, apretados como panales, a veces amenazados por el torrente. La Andalucía desconocida y tan inverosímilmente bella y atractiva, africana por su paisaje, europea por sus riquezas.

Vista desde Alhama

La carretera sube, en fin, por la falda de la Sierra de Gádor a un altozano de 500 metros de altitud en el que está Alhama con sus aguas termales. Un verdadero balcón, desde el cual podemos hacer la síntesis del paisaje. A nuestra espalda, la coraza calcárea de Gádor, que la repoblación de pinos de Alep, recientemente plantados, salpica de verde. Al norte, el final de Sierra Nevada: dos anchos conos negruzcos emergen de los bancales. Al este, entre Sierra Filabres y Sierra Alhama, el triste y pelado pasillo de Sorbas. Al sur, raramente visible por lo demás, la cordillera del Cabo de Gata. Y delante, en el cruce de todas estas avenidas, la vasta hoya que las margas llenan con su claro encaje y donde se dibujan, anchos y pronunciados, con el verde de los parrales, los cauces de los afluentes que forman

el río de Almería. Hacia abajo, éste no forma más que un amplio surco por el que vamos a la capital.

Parrales y trabajos con la uva

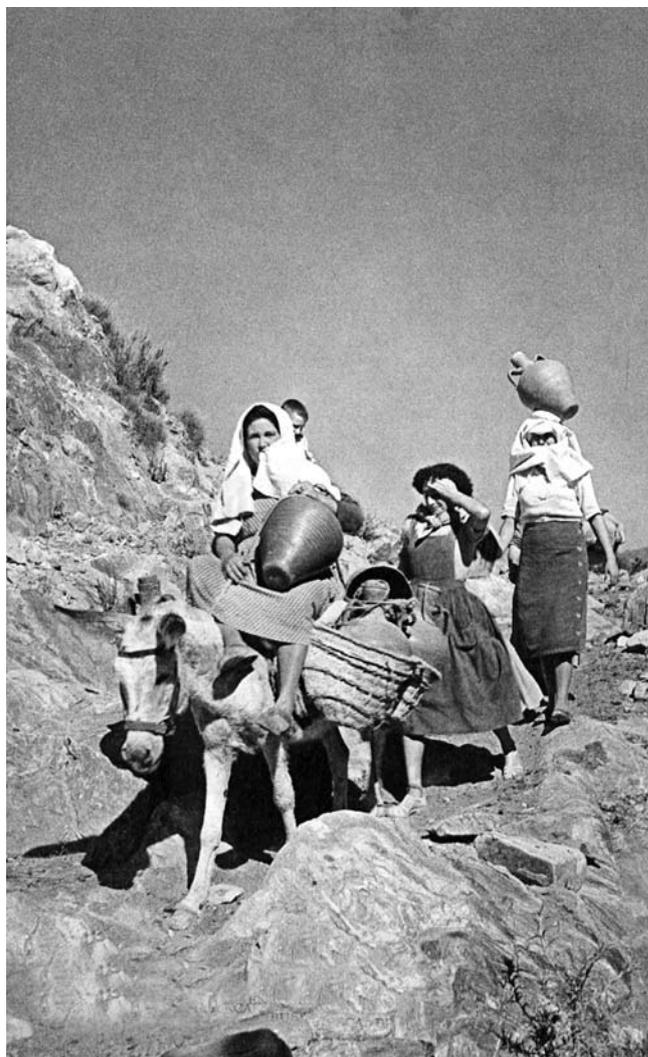
A lo largo de veinte kilómetros, entre las montañas accidentadas y hoscas, el río forma hacia Almería una hermosísima avenida, suntuosamente tapizada por los densos cultivos, que no nos cansábamos de contemplar. A partir del momento en que no se dispone ya del agua de la montaña distribuida por las acequias, ha cesado el monocultivo de los parrales. Pero en los poblados sigue siendo visible el papel de la uva. Las casas, grandes y recientes, tienen amplios porches y arcadas. ¿Su finalidad? Permitir que trabajen a la sombra las obreras que seleccionan la uva, la limpian con tijeras de puntas romas y la colocan entre capas de serrín de corcho en los toneles de exportación. Al sol, semejante trabajo sería horrible... Reunidas en el porche, estas mujeres charlan y cantan mientras trabajan. El encargado que las vigila, lejos de oponerse a ello, las anima: cuanto más charlan, menos uvas comen.

En las inmediaciones de la capital

En el valle, los parrales ceden lugar a los naranjos. En ninguna parte de España están tan juntos y compactos; desde el puente por donde se pasa la carretera de Murcia, es un bosque sin claros. Se cultivan aquí las variedades *Reina e Imperial*, las más deliciosas de todas, insospechadas hasta que se prueban. A medida que nos acercamos a Almería, van siendo más numerosas también las palmeras datileras: la carretera bordea verdaderos rincones de oasis argelinos. Hacia abajo, cuando comienza el delta, aparecen las hortalizas y la fruta. A primera vista, resulta extraña esta fecundidad, pues no se ve agua ninguna en el río. Pero el agua corre bajo los aluviones y reaparece en siete fuentes, adjudicadas cada una a un pueblo, con reglas muy precisas de utilización. Además, las aguas de las crecidas y tormentas son libres; y los particulares han abierto pozos con bombas de motor que vierten el agua en grandes pilas de cemento, redondas o cuadradas, reservadas para el verano. Han debido de costar fortunas... ¡pero el agua es aquí más preciosa que el oro!

Escasez de agua

Hay que repetir que el río de Almería es el último que tiene así una seguridad de riego. Más al este, las montañas. Menos altas, no tienen bastante nieve o lluvia para asegurar en verano agua a los ríos. Bajo un cielo que no da más de 200 milímetros de lluvia, el río de Almería es único, porque su alimentación le



"Campesinas de Mojácar en busca del agua".

hace perenne. Pertenece por esto a la Andalucía del Mediterráneo, pero es también su límite. En cuanto se pasa su orilla oriental, se entra en la Andalucía de las estepas. Los campos de Níjar, que preceden al Cabo de Gata, son desérticos: ausencia total de agua superficial, insignificancia de las ramblas, pantano que no se llenó nunca, escasez de las concentraciones humanas, triste extensión parda del suelo pulverulento, ¡un paisaje de Judea! Tal sería la Andalucía del Mediterráneo si sus altas montañas no le dieran humedad y vida.

La sequía es, pues, la característica dominante de Almería. Lejos del Atlántico, en ese callejón sin salida recalentado que es el mar de Alborán, Almería ignora la lluvia, o poco menos. Sin embargo, el cielo está muy lejos de ser puro, debido a la calina. Las montañas se ponen a menudo turbantes de negras nubes tormentosas, pero que no llegan a romperse en lluvia. Falta

el agua. No ciertamente para los riegos, gracias al río, sino para beber: el agua del río, captada desde hace siglos para la ciudad, es, en efecto, algo salobre. En Almería se vende, pues, agua de sierra, es decir, de algún manantial de la calcárea Sierra de Gádor; la gente va a saborearla al mostrador de establecimientos especiales donde unos depósitos de mármol blanco guardas fresca y límpida esta agua tan deseada. Naturalmente, los cafés están siempre llenos, porque en ellos se sirven todos los líquidos conocidos y el más extraordinario surtido de helados y granizados.

¡Qué gozo ir a sentarse en ellos cuando afuera pega la luz implacable en esas rocas blancas y rosadas que, desde su formación, no conocieron nunca la humedad! Polvo que nace en esas rocas reseca, terrible polvo blanco que vuela en todas partes bajo el impulso del viento de Levante, a veces también de Poniente. Por eso, Almería es el foco más importante de esa enfermedad de los ojos que es la tracoma, causa muy a menudo de ceguera, contra la cual se ha inaugurado algunos años atrás un modernísimo Instituto de lucha antitracomatosa. En ninguna parte de Europa es tan patente como aquí la dureza y la intensidad de la sequía.

Primeras impresiones sobre Almería: urbanismo, orientalismo y chiquillería

Por otra parte, es uno de los elementos del extraordinario interés de Almería. Ciudad casi desconocida, es, sin embargo, la más impresionante de Andalucía, quizá de España. Ciudad que no se mece en voluptuosidad como Granada o Málaga, sino que está plantada, como Melilla, en un desierto africano, dirigiendo a todos los que buscan lo “nunca visto” una llamada irresistible. Esta terrible sequedad, que descarna las montañas, le da un marco de mucho colorido: rosa de carne, ocre, pardo y amarillo, sahariano o hasta peruano. Agradabilísimo resulta, por tanto, el contraste del parque del Malecón, al lado del puerto, con sus palmeras y ficus alternados.

Al otro lado de la rambla, que limitaba la ciudad de antes de la guerra, el municipio ha edificado, en el mismo tono africano, un barrio de casas baratas de fachadas policromas, calles con soportales, mercado cubierto de cúpulas [Barrio de “Regiones Devastadas”]. Al lado, una bonita ciudad-jardín cuyas casas están rodeadas de verde, demasiado cerca desgraciadamente de los depósitos de donde los trenes transportan a los barcos el mineral de hierro de Alquife, lo que empolva un poco la atmósfera. Pero la ciudad puede extenderse

aún hacia el este, hasta el delta del río, al que se dirigen varios caminos, a lo largo de los cuales están surgiendo ya chalets, con pozos y norias. Y en lo alto del glacis por el que va la rambla hay ricas fincas, tanto de renta como residenciales, en las que no falta nunca el gran estanque de agua azul, piscina y depósito a la vez. ¡Almería es una ciudad de oasis!

Por lo demás, ciudad africana o con el sello de África, la menos europea de las ciudades de España. ¿Hemos de ver en esto una lejana influencia de la civilización de El Argar? En cuanto se sale del ancho paseo, eje actual de la animación urbana, para internarse en la ciudad, no hay más que calles tortuosas, bordeadas de blancas casas de azotea. Tiendas y tenduchos en chamizos dignos de un barrio moro. Casas y callejuelas amontonadas, sin plan determinado, y que vistas desde un avión evocan un panal de miel donde se abren cavidades irregularmente: plazas en las que se desemboca de pronto, no se sabe por qué, del dédalo de las calles. Durante la guerra, el bombardeo efectuado por el *Deutschland*, el acorazado de bolsillo alemán, produjo en estas humildes viviendas muchos estragos, hoy reparados sin que haya sido rota la unidad africana del estilo urbano.

Calma e indolencia islámicas de las calurosas tardes o mañanas dominicales: por encima de las altas paredes ciegas y blancas, una o dos palmeras, que el viento dobla, es lo único que denuncia la presencia de un jardín secreto. Después de haberse perdido una y otra vez, se acaba por descubrir la catedral... ¡Es una fortaleza! Oscura, sólida y almenada. La hicieron así para que pudiera servir de refugio en caso de un desembarco de los berberiscos. En 1522, un terremoto destruyó la primera iglesia, construida según costumbre en el lugar en que estaba la mezquita. La reconstruyeron, medieval en el exterior, Renacimiento en el interior, con bóveda de delicadas nervaduras entrelazadas. ¡Miedo y preocupación de África!

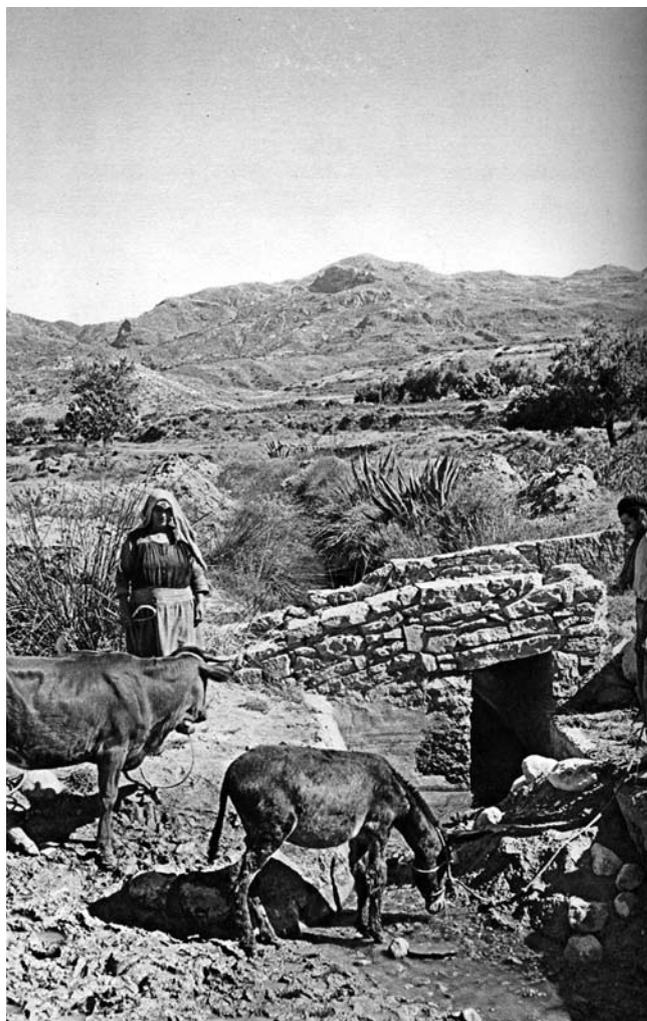
África, sin embargo, instalada en Almería, en la misma Almería, en la rambla de la Chanca, entre la Alcazaba y el puerto pesquero. Aquí, desdeñando el moderno barrio de San Roque, construido expresamente para ellos, viven los pescadores, en íntima unión con los gitanos. ¡Inaudito espectáculo que merece por sí solo el viaje a Almería y hasta el viaje a Andalucía! ¡España y África a la vez! La rambla, gloriosamente resplandeciente de sol, sin demasiado polvo, pues está tan seca que piedras, arenas e inmundicias se cubren de una costra pétreo surcada de cuadradas

torres de rojizo adobe y de fragmentos de muralla desmochada, restos decrepitos de un Islam que fue espléndido. A la derecha, un cerro de pendiente rápida que prolonga orgullosamente la masa de la Alcazaba; a su pie, escalonadas, diez o doce filas de casas de una sola planta, ventanas enrejadas, tejado plano, aglomeradas como pueblos mineros, construidas en serie con el utilitario propósito de alojar la creciente población, pero que la fantasía andaluza colorea violentamente de azul, rosa, ocre, verde, castaño, gris, etc. A la izquierda, enfrente, el mismo impresionante abigarramiento, pero esta vez además con centenares de cuevas malolientes, que en más de cien metros de desnivel, horadan la marga y la toba. Se pasa entre las aguas sucias por innumerables senderos ante las puertas blanqueadas, por encima de chimeneas, resbalando sobre las basuras. Como en cualquier ciudad mora de África, huele a la vez a cabra, a tomillo, a humo picante, a plantas del monte, a mugre y a hombre. Todo ello en un fascinante desorden de líneas y de tonos.

¡Pero tenga cuidado el pintor que quiera instalar aquí su caballete! Diez, veinte, cien pequeños salvajes aparecen de pronto, gritando como para derribar lo que queda de la muralla, con frecuencia en el atuendo más elemental, a veces velando su inocencia con una flotante camisa o con un resto de pantalón paterno que apenas los cubre. Moras son las caras alargadas, los ojos almendrados, la tez amarillenta, la inclinación a la sexualidad. Y todos se empujan, se alzan, gesticulan, las chicuelas aún más impertinentes si ello es posible, los más pequeños autoritariamente rechazados del compacto círculo en el que intentan colarse. ¡Picaresca colección, alegría de los ojos, y ocasión para nuestra paciencia de ganar una indulgencia plenaria! Si se echa una moneda, ármase una batalla que deja pálida a la más espectacular de rugby. Después de lo cual está uno perdido...

Historia de la ciudad

Prueba *a posteriori* de que Almería es musulmana, la más reciente de las capitales andaluzas. No más antigua del siglo IX, fue fundada por los califas de Córdoba para ser, como lo indica su nombre (miradero del mar), un puerto y un arsenal al mar libre. En la época romana, los navíos que llegaban al golfo de Almería —el Portus Magnus— subían el río, entonces navegable, hasta la ciudad de Urci, cuyo obispo San Indalecio fue uno de los siete “Varones Apostólicos”. Pero, como el Aude en Narbona, el río se fue enlodando poco a poco. En verano era necesario transbordar para llegar a Urci.



“El campo entre Vera y Almería”.

A instancias de los comerciantes y armadores, que abandonaron Urci, actualmente Pechina, Abd er Rahman II decidió crear en la costa rocosa un puerto en agua profunda que fue Almería. Se hicieron arsenales (atarazanas) en la playa, entre dos ramblas (Chanca y Obispo), en cuyo glacis de aluviones se levantó la ciudad nueva. Detrás, una roca calcárea, completamente aislada por un valle en media luna, la Hoya, ofreció lugar para una Alcazaba, anterior (773) a la fundación de Almería y que Almanzor fortificó además. Es el ejemplo mejor conservado del mundo de una fortaleza musulmana antigua. Inaccesible durante mucho tiempo por ser establecimiento militar, actualmente es monumento histórico, con jardines y un museo. Son curiosas las cisternas, el pozo, de sesenta metros de profundidad y del que los esclavos sacaban el agua en dos turnos; la capilla, antigua mezquita con el escudo de las armas de los Reyes Católicos. El cerro está coronado por fuertes torres unidas con murallas almenadas

en tres filas, restauradas por Carlos III, con bellos merlones de piedra.

Desde el camino de ronda, la vista es un prodigio. Tan íntimamente asociadas están la obra de la Naturaleza y la del hombre, que no se sabe qué admirar más: si la ciudad, el puerto, el delta, la cadena de Gata o, inmediatamente al pie, la rambla de Chanca y sus cuevas, así como, en el reborde de la misma, las largas conducciones serpentiformes que llevan lejos los nocivos humos de las fundiciones de plomo de Heredia. Seguimos con la mirada el recinto fuerte de la ciudad: en primer término las ruinosas torres cuadradas de la Chanca; luego la Hoya, atravesada perpendicularmente por la muralla, aquí mejor conservada, que desciende a la depresión y vuelve a subir frente al cerro de San Cristóbal, donde el reborde de la plataforma calcárea ostenta un fuerte de macizas torres redondas construidas por los templarios durante la efímera conquista de Alfonso VII. Desde aquí, la muralla de tierra roja entra en Almería. Es fácil seguir su huella, señalada por una larga calle, la plaza de la Puerta de Purchena y el Paseo. Encima del mismo puerto hay huellas de murallas y una torre octogonal. Un camino cubierto unía la Alcazaba con las atarazanas, los arsenales y el puerto. Almería era, pues, una ciudad fuerte, enteramente cerrada.

Por lo demás, su destino fue siempre el de una base naval, temible y envidiada. Su gran esplendor data del siglo XI, en tiempo de las Taifas. Capital entonces de un reino independiente, era el puerto principal de Andalucía. Especialmente, el rey Almotacín desarrolló en él la navegación, el comercio y la industria hasta tal punto que Almería eclipsaba a Sevilla. Entonces, *“cuando Almería era Almería, Granada era su alquería”*. Sus telas de seda eran famosas en el mundo entero. En 1091, los almorávides se apoderaron de la ciudad, que continúa enriqueciéndose, pero esta vez ejerciendo la piratería durante el siglo XII. ¡Hasta Galicia llegaban sus corsarios! Para poner fin al bandidismo naval, al mismo tiempo que con el deseo de poseer el puerto de mejores relaciones entre Europa, África y Asia, Alfonso VII el Emperador organizó contra Almería una cruzada, con ayuda de Navarra, de Cataluña, de Génova, de Pisa y de Montpellier. Tomó la ciudad, pero no pudo conservarla más que diez años. Desde entonces, Almería perdió mucha importancia, debido a la ruptura de relaciones entre Occidente y Oriente. Ya no era más que un lugar secundario del reino de Granada, muy modesto a pesar de todo lo que se diga.

Bastaría para demostrarlo la lista de los pocos centenares de cristianos a los que fueron asignados los bienes de los musulmanes cuando, el 26 de diciembre de 1489, el Zagal, tío de Boabdil, entregó la ciudad a los Reyes Católicos.

En los siglos siguientes, mientras no hubo nada que exportar, Almería dormitó. Por otra parte, sufrió desgracias. En los siglos XVI al XVIII, varios temblores de tierra redujeron su población a cuatrocientos vecinos. En el XIX, los estragos de la política: el levantamiento liberal de 1831 [1821], análogo al de Málaga, ahogado en sangre; y en 1873 el bombardeo por la flota de los cantonalistas de Cartagena. Pero en cuanto se puede exportar mercancías u hombres, se despierta la vocación marítima de Almería. A principios del siglo XIX, las minas de plomo de la Sierra de Gádor dominan las cotizaciones mundiales de este metal. Más tarde, las de hierro de Sierra Nevada, de Sierra Alhamilla, también, de los Filabres, las de azufre, oro y plata, convierten a Almería en una población minera. Para exportar estos minerales hubo que hacer un gran puerto, el mejor del Mediterráneo español, excelente refugio en una costa donde los naufragios son innumerables. Cuando declinó la actividad minera, el puerto sirvió para la exportación de la uva de embarque: interesante espectáculo ver en otoño los cobertizos llenos de toneles de madera que los cargadores meten en las bodegas de los barcos nórdicos. Después, la pesca tomó gran impulso antes de la guerra, y dio lugar a la instalación de un puerto especial. El pescado sigue siendo la base de la alimentación. En todas partes de ven lettereros como éste: *“Pescado frito a toda hora”*. Y el primer olor que se nota al entrar en Almería es el del pescado. Olor doble: el de la fritura y el, muy fuerte, del pescado en salmuera. ¿Qué sería de Almería sin el mar? Durante la campaña del Rif, Almería sirvió de base de operaciones a la flota francesa. Todo el mundo conoce el valor estratégico del puerto. Magnífica vista la que se contempla al atardecer desde la playa, con la negra silueta de los largos cargadores de mineral de hierro en la mar de plata líquida, y, más lejos, el amplio y magnífico puerto, gracias al cual participa Almería en la vida del mundo.

La uva, la emigración, el aislamiento

Almería es un poco una ciudad de ultramar. Un vapor semanal la une con Melilla y Ceuta. Pero mira más lejos. El hierro y la uva han atraído aquí a escandinavos, ingleses, alemanes. Y raros son los almerienses que no se escriben con un amigo, a menudo

pariente, que vive en Londres o en Hamburgo. Podéis estar bien seguros de que el más rudo agricultor de los pueblos aparentemente perdidos del río Andarax conoce perfectamente las capacidades de compra y los gustos alimenticios de los letones o de los americanos de Nebraska. Todos los años hay que colocar la uva, cosa no siempre fácil. Almería tiene los ojos puestos mucho más al otro lado del mundo que en Madrid. También la emigración ha reforzado esta orientación exterior. Almería es tierra de emigrantes, pues aquí la agricultura no vale más que para la exportación. Sea por lo que sea —sequía catastrófica o lluvias excesivas que malogran la cosecha, o guerras o crisis mundiales durante las cuales el comprador extranjero considera que la uva es un lujo—, se vende mal y es la miseria. Por consiguiente, se emigra. Emigración de temporada, “golondrina”, al África de Norte, o definitiva, principalmente a Francia, bajo el impulso de un antiguo cónsul, Paul Cazard, al que no se ponderará nunca bastante por el bien que ha hecho a Almería y a Francia. Los almerienses van más lejos aún, hasta los Estados Unidos; uno de los hijos más ilustres de Almería es Walt Disney. Pero, a diferencia de muchos emigrantes, especialmente de los del norte de España, los almerienses enriquecidos no se vuelven a la tierra nativa. Piensan que Almería es adorable, pero que ya está bien. De ahí la necesidad para los que se quedan en Almería de mirar hacia fuera.

Por eso Almería está aislada de España. Además, no es fácil llegar a ella desde tierra. El ferrocarril data de finales del siglo XIX nada más y fue construido solamente por las minas de hierro. Hace poco, se prefería embarcar para Cartagena o Valencia y de aquí ir más cómodamente a Madrid. Esto explica una curiosa mentalidad insular muy propia de Almería, el amor con que los eruditos locales han estudiado el pasado a fin de buscar razones para apasionarse por la patria local.

Vida cultural (los indalianos), los extranjeros, animación urbana

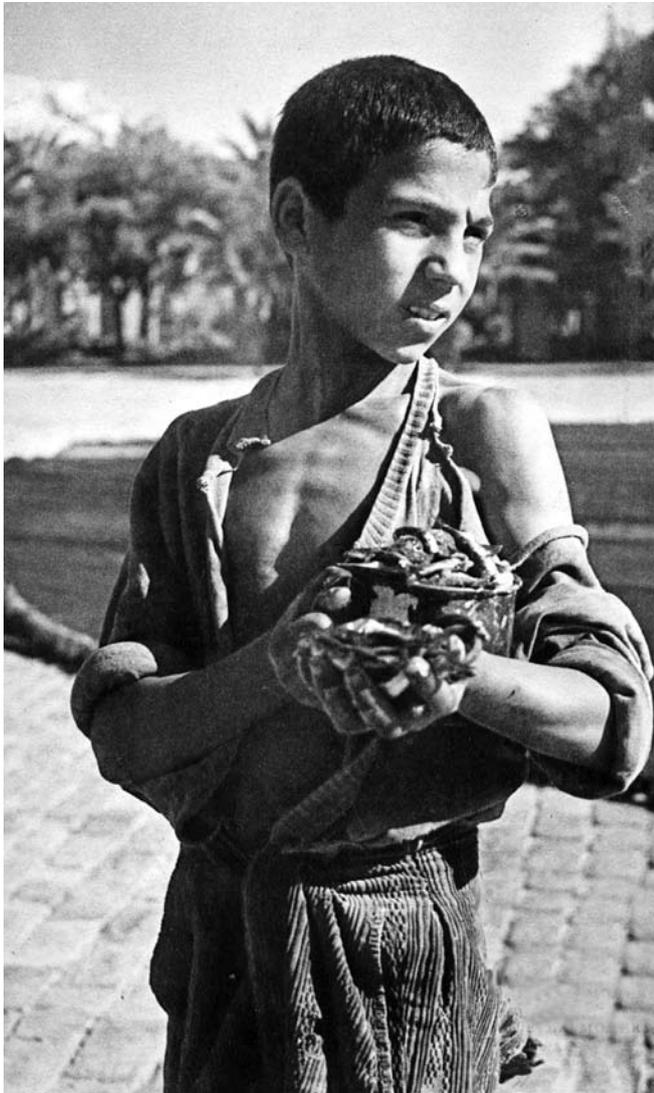
Almería tuvo antes de la guerra una considerable vida intelectual. Una Sociedad de Estudios almerienses agrupaba un fuerte núcleo de investigadores y de sabios que hicieron mucho por el conocimiento de la provincia; a ellos se unían escritores, arquitectos, poetas como Villaespesa. De esta época data el riquísimo museo arqueológico. Actualmente, estos hombres eminentes han desaparecido, pero el impulso adquirido perdura. A decir verdad, las artes y las letras se han



“Paisaje lunar de Tabernas”.

desviado un poco: en Almería ha aparecido un número imponente de genios precoces, pintores y poetas de larga melena, fundadores del “Indalianismo”, movimiento de vanguardia, de *faucés* que desprecian a los burgueses. Por lo menos están dentro de la tradición insular almeriense.

Cosa curiosa, este aislamiento da a Almería una gran fuerza de atracción. Es la patria electiva de algunos extranjeros que, llegados por casualidad, no han querido abandonarla. El hecho es patente en cuanto a extranjeros efectivos: Louis Siret, Paul Cazard y otros muchos. Pero no es menos cierto por parte de los españoles, en general funcionarios, que Almería ha conquistado y que con frecuencia se han casado en ella. Patriciado administrativo que honra a su ciudad de adopción, de la que está enamorado. Almería se encie-



"Almería. Un moro de la morería o la afición de pescar".

rra, pues, en sí misma. Sin duda alguna, provincial, y mucho, pero esto no puede ser en modo alguno peyorativo, sobre todo cuando se trata de una patria chica, tan intensamente amada.

Aquí palpita, pues, un alma, se la siente en todo. En la llegada de los autobuses, innumerables, que traen una muchedumbre de pueblerinos para los que Almería es verdaderamente una capital. En el Paseo, que sube y baja sin tregua el grueso de los 80.000 habitantes de la ciudad. En los cafés, bullangueros, animados, donde por la mañana se trata de negocios y donde por la tarde, a la hora en que llega por fin el fresco, es grato comentar los acontecimientos del día y mirar la llegada de los automóviles extranjeros. ¡Y más aún en tiempo de fiesta! El pueblo almeriense celebra el carnaval, las autoridades van el 26 de diciembre en

la procesión, en la que se lleva el estandarte de la Reconquista.

La feria de agosto: toros y fiesta

Pero cuando hay que ver a Almería es al final de agosto, en la feria. Un desencadenamiento en el que se manifiesta —dentro de los límites posibles— la licencia del pueblo. ¡Lo primero, los toros! Una serie de corridas satisface la taurofilia de Almería, que en esto continúa siendo muy vieja España y que sigue con desatinado interés las lidias de la plaza. Se ha hablado a menudo de la unanimidad con que la muchedumbre española sigue los pases y los jalea con sus ¡olé! colectivos. Quien no lo ha visto en Almería, no ha visto nada. ¿Habrá que recordar que el más grande escritor de la tauromaquia, don Natalio Rivas, ministro y académico, es almeriense?

A la ida y a la vuelta de la plaza, desfile de landós llenos de bellezas andaluzas que no han olvidado ningún detalle del atavío. Y luego, ya de noche, el paseo, brillantemente iluminado, es invadido por una multitud enorme, notablemente ataviada. De pronto, una música lenta: los guardias marinas, arma al hombro, avanzan a paso rítmico de procesión; precedida de maceros en atuendo del siglo XV, resplandeciente de luces, la Virgen del Mar, patrona de Almería, que apareció en la ribera cerca de El Alquían en 1502 y cuya imagen es de factura visigoda. Siguen las autoridades, de frac y etiqueta. Luego, media Almería, mientras la otra media se arrodilla. Todas las mujeres van descalzas, cantando y gritando: "¡Viva la Virgen!" Prodigioso fervor, sin el cual no se puede comprender a Andalucía en general y a Almería en particular. ¡Pueblo almeriense, andaluz desde luego y orgulloso de serlo, pero al modo trabajador y serio, un poco castellanizado como en Granada! ¡No busquéis aquí ni a Sevilla ni a Málaga! La fiesta terminará en el puerto y en el Malecón, invadido por los tablados de los feriantes y los bares improvisados, donde la alegría popular se expansionará hasta muy avanzada la noche.

Salida de la ciudad hacia Málaga: Venta Eritaña

Por la mañana salimos de Almería para Málaga. ¡Última y prodigiosa impresión! Vuelven al puerto las lanchas de pesca. Relucen en el muelle los montones de pescado; los olores de la pesca y de la sal tienen una virginal frescura. También el de la montaña, exhalado por las lumbres de plantas aromáticas que arden en las casas. Sopla el viento, que trae a la vez el primer polvo y la humedad de las olas. En el primer recodo, deten-

gámonos en la Venta Eritaña. Es un mesón pegado a la peña, a pico sobre el mar, de un azul casi negro. Desde aquí se ve toda Almería, ciudad y colinas extrañamente minerales. Entre los profundos tonos del mar y del cielo, es un cuadro de valores únicamente claros, blancos, rosados, ocre, sin sombra que los suavice.

¡Oh Almería de polvo y de sal, de agua amarga y de roca pelada, helénica y africana, desierto en contacto con el mar! La aridez te endurece. Eres a la vez ardiente y serena, orgullosa de ti misma, símbolo de ello tu Alcazaba, irguiendo aquí su proa sobre la línea de flotación que simulan las filas paralelas de tus blancas y chatas casas de azoteas.

LA COSTA DEL SOL

Litoral de el Cañarete

En el mismo momento de salir de Almería se percibe la grandeza de esta costa. Durante una docena de kilómetros seguimos la cornisa almeriense, grandes acantilados de caliza ocre o rosada, con los cuales se mete la Sierra de Gádor directamente en el mar profundo, clara y desnuda sobre el agua transparente y salada. Olas cortas la van zapando sin cesar, pues el golfo no está protegido del viento. La roca está cortada de impresionantes barrancos, hoces pétreas, a veces suspendidas en cascada, cuyos cálidos rincones abrigan una flora y una fauna africanas, y que terminan en minúsculas playas. Aquí se ven, absurdamente conservadas, las revueltas amuralladas de la antigua carretera napoleónica, que no tenía miedo de subir y bajar. La carretera actual está más a nivel, audazmente ceñida al acantilado, pero en cada recodo hay que precaverse de algún bólido, algún camión cargado de artículos perecederos, pescado o judías verdes. Algunas ventas, pocas, como la de El Palmar, que la circulación automovilística hace ya inútiles, añoran los tiempos de la carretería y de los arrieros. Atalayas y castillos contra los moros: el de San Telmo corona un peñasco amarillo de azufre. Con un poco de suerte, al otro lado del golfo, al este, emergiendo de la bruma, la cadena y el Cabo de Gata.

Aguadulce y Campos de Dalías

¡Súbita sorpresa! En Aguadulce, la costa larga y baja escapa hacia el sur, con fuertecillos hechos en la arena. La Sierra de Gádor, la cabeza en las nubes, domina una inmensa plataforma baja: son los campos de Dalías. La carretera los corta derechamente hacia el oeste, subiendo y bajando en montañas rusas, vadean-



"Almería. La Alcazaba. Vista desde el mar".

do las ramblas. Se podría ir a ver el litoral, pues está surcado por caminos duros que pueden recorrer los autos, conduciendo a las salinas instaladas en algunas depresiones a las que desciende por gravedad el agua del mar. Pero este litoral carece de atractivo: desierto, bajo, pelado, a veces bordeado de dunas fijadas por pitas, peligroso además, pues, a pesar del faro Sabinal que lo señala, los barcos no pueden a veces evitar el ser arrastrados por la violencia del viento; incluso grandes transatlánticos se han perdido aquí con cuerpos y bienes. Es probable que el viajero prefiera continuar en la carretera general, pisando el acelerador.

Estos campos de Dalías son, en general, esteparios. En ellos únicamente se ven árboles al abrigo de las ramblas, y nada más que higueras, enterradas en los guijarros. Es una zona de pastos de invierno para las ovejas, que en verano trashumarán a Sierra Nevada. Sin embargo, en la época romana esta estepa estaba poblada: la atravesaba un camino en el que el *Itinerario de Antonino* marca la ciudad de Murgis. Se ha encontrado el lugar donde estaba y hasta el de sus baños. Seguramente fue abandonado cuando el Islam, como ocurrió con el África romana. Después de la Reconquista, esta costa permaneció desierta, y por eso

podían desembarcar aquí los berberiscos, lo cual explica las torres y castillos que la jalonan.

Desde hace algunos años, se está realizando un considerable esfuerzo por valorarla. Una vez levantada la costra calcárea de unos cuantos centímetros que lo cubre, el suelo rojizo, llamado de “rubial”, es muy fértil. A costa de una labor de titanes, la iniciativa privada ha llevado el agua de la Sierra por acequias de cemento y ha hecho pozos de los que se saca a la superficie mediante molinos de viento el agua subterránea de los conos. Así se está realizando, ante nuestros ojos, una rapidísima transformación. La mitad occidental de los campos se va cubriendo de cultivos de regadío, parrales principalmente, y, en la arena de las playas, hortalizas. En la carretera nace un pueblo, El Ejido, que, lo mismo que en el Far West, está instalando los elementos necesarios de la civilización incluso antes de constituir el núcleo de población. ¡Qué emoción ver, en lo que, antes de la guerra, parecía condenado a la esterilidad, esta nueva empresa del hombre, que los planes del Instituto de Colonización van a ampliar aún!

Poco después, la carretera vuelve a bajar al mar por un barranco, y sigue durante algún tiempo el reborde de la llanura. Abrigados al pie del acantilado que se desmorona y protegidos con cañizos del viento secador, prosperan en la arena cultivos hortícolas, melones sobre todo. Luego, en contacto con el delta del Adra, aparecen dos lagunas, las Albuferas, separadas del mar por un grueso cordón de arena; son de agua dulce, alimentadas por manantiales profundos, bordeadas de cañaverales, llenas de pájaros salvajes. Con un poco de suerte, al amanecer pueden verse flamencos. Pero cuando están bellísimas es al anochecer, recibiendo ellas solas los últimos resplandores del cielo y perfilándose, verdes y rosadas, entre orillas negras como tinta china.

Dalías y Berja

Un rodeo nos lleva al pie de la Sierra de Gádor, a Dalías y Berja, hoy capitales de la uva. En sus hondanadas se extiende por doquier el tapiz verde tierno de los parrales. Estos son altos, para que se pueda circular entre ellos cómodamente y, sin agacharse, coger los racimos. Se nota en todas partes el bienestar, hermosas fincas, estanques, fuentes. En otoño encontramos en las carreteras las filas de vendimiadoras, pasamos junto a los cestos que, llenos de uva, se cargarán a lomo de los burros; a veces, un camión cargado de barriles. Riqueza nueva de los pámpanos que reemplaza a la de las minas, perteneciente ya al pasado.

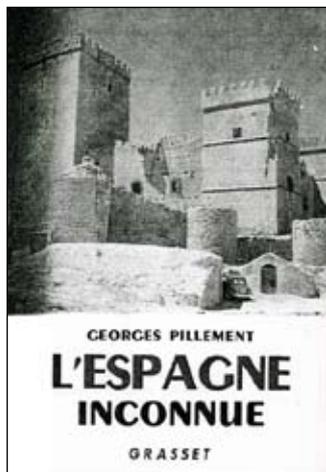
En el siglo anterior, el minero era aquí el rey. Berja vivió del plomo: ¡en sus armas figura un lingote! Se extraía el mineral en la Sierra de Gádor, a unos 2.000 metros de altitud. Allí, en la caliza, se abrían pozos verticales, cubiertos de un tejado cónico que protegía el mecanismo del torno movido por mulas. El plomo se bajaba a la costa, a las fundiciones de Almería y de Adra, a lomo de caballería. De modo que, en esta explotación minera, lo esencial eran las mulas. Un verdadero ejército, más de 50.000, que había que alimentar, grave problema considerada la penuria del litoral en cereales. De aquí aquellos convoyes que, por los puertos de Sierra Nevada, iban a buscar la cebada del Marquesado. ¡Irracional y costosa explotación! Las fundiciones eran además alimentadas con leña, y cuando se hubo cortado el último árbol, no quedó más remedio que parar la extracción... Exportar el mineral sin concentrar no hubiera, en realidad, pagado los gastos de transporte. En las venas de la Sierra yacen, pues, todavía grandes riquezas en plomo. Hasta el mismo paisaje, de filitas gris-azul cortadas en barrancos, parece mineralizado. La carretera que domina las hoces del río de Adra circula por un paisaje de espejismo de rocas de resplandor siniestro, en las que parece que la tierra reprocha al hombre el haberla despojado de su vestidura vegetal. Luto de la Naturaleza que no carece de grandiosidad.

Adra

Otra vez en la costa, nos impresionan las dimensiones colosales del cono de deyecciones que el río Adra llevó al mar en los tiempos cuaternarios. Labrado a su vez por la erosión, este cono encierra actualmente una vega muy fecunda, cuyos aluviones en progresión continua han creado una punta deltaica. Aquí veremos por primera vez la caña de azúcar, sin gran emoción, pues está mezclada con maíces, que de lejos se le parecen mucho. Junto a la azucarera, fábricas de jarabes y de conservas de frutas. La villa de Adra se ha enriquecido así mucho, pero desde hace poco, pues los progresos de la vega son recientes. Sin embargo, Adra es antigua: la fundaron los fenicios con el nombre de Abdera. Pero los incendios demasiado frecuentes y los saqueos han borrado toda huella de la antigua ciudad. Poco antes de la guerra, se terminó un puerto, que la corriente costera se esforzó en seguida en enarenar, creando contra el dique oeste una playa de quinientos metros, en la que se tienden prosaicamente las largas redes.

1954

Georges PILLEMENT



(Mayet, 1898-París, 1984). Nacido en una familia modesta, realizó unos brillantes estudios en la Escuela Comercial, primero, en Mayet y, luego, en París. Pronto se interesa por el Arte. Al acabar sus estudios viene con una beca a trabajar a Valencia de 1916 a 1917. Esta estancia fue el origen de su amor por este país. Con Jean Cassou crea la revista *Les Lettres Parisiennes*. Escribe piezas de teatro, novelas, romances y hace traducciones de literatos importantes. Fue el mayor defensor del patrimonio histórico de Francia. Su celebridad traspasó las fronteras de su país se extendió a los países vecinos. Sus obras más populares son las consagradas a los numerosos países que visita: Italia, Grecia, Libano, etc. Su afición a la fotografía le lleva a acumular más de 25.000 clichés de calidad al cabo de sus viajes. Un año de estancia y veinte viajes le llevan a conocer muy bien España. Su itinerario por nuestro país se publica con el título *L'Espagne inconnue. Itinéraires archéologiques*. París, Bernard Grasset, 1954. Sus impresiones de Almería están en las páginas 135 a 138.

FIÑANA, GÉRGAL Y GÁDOR

Regresamos a nuestra ruta, monótona, en un valle calcinado y, al cabo de una veintena de kilómetros, nos premia, a la izquierda esta vez, la pequeña carretera que conduce a Fiñana. Nuestra llegada al pequeño pueblo causa sensación. Nos detenemos en el lugar donde se encuentra el edificio de arcadas del hotel. Yo subo a la cima de la colina desde donde tengo una hermosa vista de la Alcazaba, bastante en ruinas, porque está construida con muros de mortero y no con piedras o igual con ladrillos, y también de la llanura abajo con los grandes círculos que hacen los aires al trillar el trigo y en los cuales los caballos giran incansablemente arrastrando sus rodillos.

Volvemos a tomar nuestro camino y una treintena de kilómetros más lejos, nos bifurcamos de nuevo a la izquierda para alcanzar Gérgal. Si pasáis por allí, no dejéis de ver Gérgal, es uno de los sitios más impresionantes de esta región. Imaginad sobre una colina donde no crecen más que algunos cactus, en las rocas negras, las ruinas de un pueblo negro, abandonado, alrededor de una iglesia rosa, y todo en alto, a la entrada de una garganta, por encima de las últimas ruinas de las casas, un pequeño castillo de piedras amarillas. Se trata de un castillo árabe muy curioso formado de una

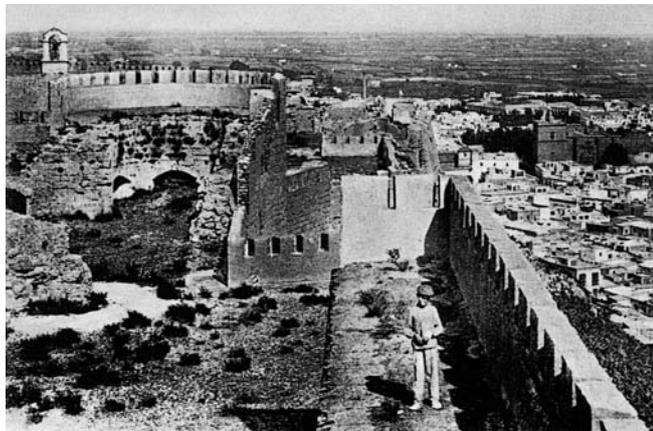
torre del homenaje cuadrada flanqueada de una torre redonda en cada ángulo, cubierta de un techo cónico apoyado en los muros, otra torre redonda protege la entrada. Está muy bien conservado, se puede entrar, las bóvedas se mantienen aún, la torre del homenaje está dividida en dos salas. Las piedras amarillas sobre el fondo gris de la montaña harían la felicidad de un pintor. Yo me contento con una foto en colores.

La carretera se hace más accidentada, alcanzamos el valle del Nacimiento, que se cruza, y cuyo lecho está cubierto de parras que producen las famosas uvas de Almería.

En Gádor, dominado por las ruinas de un castillo árabe, entramos en el valle del Andarax particularmente fértil, con sus naranjos y sus palmeras. El valle se ensancha, los viñedos y los cultivos hortelanos alternan con las minas de plomo, de zinc y de cobre, vemos el mar y Almería con su colina, la Alcazaba.

ALMERÍA

En Almería paramos en el hotel Simón situado en la gran avenida que conduce al mar. La vieja ciudad de calles estrechas no deja de ser pintoresca y allí encontraréis algunos edificios interesantes por el camino, como la iglesia de Santiago, construida en 1553 y



dominada por una alta torre cuadrada. Posee una bella fachada renacentista debida a Juan de Orea, flanqueada de columnas jónicas y adornada de conchas y de la cruz de Santiago. Está coronada de un bello bajo relieve representando a Santiago combatiendo.

El ayuntamiento, cuya fachada se encuentra entre dos torres cuadradas, está situado en una pequeña plaza ordenada que no deja de tener encanto, pero es sobre todo la catedral lo que conviene ver. Construida a partir de 1524 sobre las plantas de Diego de Siloe y los trabajos ejecutados bajo la dirección de Juan de Orea. Se trata de un edificio muy grande, de tres naves de cinco tramos que se terminan en la capilla mayor con una girola, en la cual están situadas tres grandes capillas, la del centro rectangular, las otras dos redondeadas, las tres presentan exteriormente el aspecto de torres. Porque la catedral de Almería aparece como una fortaleza con torres, almenas y garitas, aparejo militar que justificaban entonces las incursiones de los piratas berberiscos.

Las tres naves son de la misma altura y sostenidas por dieciséis grupos de columnas de zócalos octogonales. Las bóvedas son de crucería de ojivas en estrellas, bastante complicadas, a excepción de las bóvedas de las capillas laterales, vaídas o de horno. Los capiteles de los pilares de las naves tienen anillas de decoración floral en el estilo gótico florido, pero los que sostienen la linterna de la crucería del crucero se emparentan con el estilo corintio. El gran claustro, asimismo fortificado y flanqueado por torres en los ángulos, es de estilo clásico. Las obras de arte que contenía la catedral han sido robadas, quemadas o saqueadas durante la guerra civil.

El aspecto severo de la catedral fortaleza está animado por dos portadas, al oeste y al norte, decoradas

de 1550 a 1573 por Juan de Orea. La fachada principal, flanqueada por una gruesa torre cuadrada está adornada de pilastras, de nichos y de esculturas en el gusto del Renacimiento. La otra es más elegante con, entre dos columnas corintias, las armas del primer obispo de Almería, el que emprendió la construcción de la catedral, Diego Fernández de Villalán. Por debajo están las armas de Carlos V, que se ven encuadradas de pilastras.

Pero el edificio más interesante de Almería es su Alcazaba, que anda en restauración y cuyas murallas de ladrillos rosas ocupan toda la colina que domina la ciudad y el puerto. Construida por el califa Abderramán III, ampliada por Almanzor, después por Jairán, primer rey independiente de Almería, se compone de tres recintos. Alfonso VII se la apodera en 1147, pero Cid-Abu-Sidi la recobra diez años más tarde y completa sus fortificaciones. En 1489, el tío de Boabdil, Abadía el Zagal, la entrega a los Reyes Católicos.

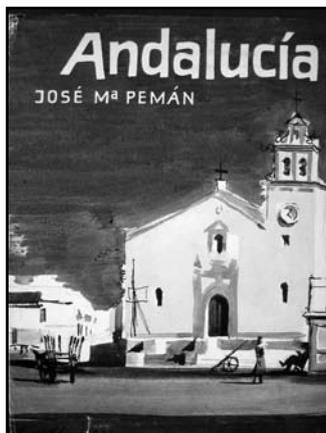
La puerta de entrada, con arcos de herradura, está abierta en una poderosa torre almenada que domina una segunda torre, la del Espejo, a la cual se llega en seguida y por la que se accede a una gran explanada cuyos jardines se han reconstruido. Al fondo, se levanta el segundo recinto, defendido por torres poderosas. Una puerta románica permite penetrar en el segundo patio, donde se encuentra la mezquita, de la que quedan algunos vestigios, de los baños y varios calabozos subterráneos.

Un foso profundo separa este patio del tercer recinto, situado en la cima de la colina y cuyas fortificaciones han sido rehechas en el siglo XV por los cristianos. Se tiene delante cuatro potentes bastiones circulares flanqueando una muralla almenada que domina la torre del homenaje, así mismo arreglada por los Reyes Católicos, en la que se ven las armas por debajo de una bonita puerta de decoración gótica. Otras tres torres poderosas completan la defensa de esta parte de la Alcazaba. Una antigua mezquita ha sido transformada en capilla y, en medio del patio, se ve un pozo profundo de sesenta metros.

La Alcazaba, que había sufrido mucho por un terremoto en 1522 y que había sido, después, dejada en el abandono, está, como hemos dicho, en vías de restauración. Una larga muralla la une a la colina vecina sobre la cual se levantan las ruinas del castillo de San Cristóbal. Allí se ve una capilla que los templarios habían erigido en 1147 y también, ¡Ay!, un enorme monumento al Sagrado Corazón de la más mala época.

1958

José María PEMÁN



(Cádiz, 1898-1981). Prolífico escritor español, doctorado en Derecho, que cultivó todos los géneros: poesía, teatro, novela, cuento, oratoria y periodismo. A los veintitrés años fue elegido miembro de la Academia Hispanoamericana de Cádiz, y, posteriormente, lo será de la Real Academia Española, institución que dirigió, a intervalos, entre 1939 y 1947. Su valía fue reconocida más allá de la frontera española, así lo atestigua su elección como miembro de la Academia Argentina de Letras y la concesión por el gobierno peruano de la Gran Cruz de la Orden del Sol. Desde joven fue miembro activo de grupos de pensamiento católico, llegando a ser presidente de Acción Española. Es el autor de la letra de la Marcha Real, himno nacional durante el Franquismo.

En los años 30, durante la Segunda República Española, obtuvo varios premios por su labor literaria y periodística: el premio Cortina por su obra teatral *El divino impaciente*, y el premio Mariano de Cavia de periodismo por un artículo titulado "Nieve en Cádiz", publicado en *ABC*. Posteriormente, en 1957, se le otorgó el premio March de Literatura.

En los años cincuenta se le propuso a Pemán la redacción de una guía de Andalucía que formaría parte de una colección de Guías de España, y, a pesar de ciertas reticencias, aceptó debido a que en ella daría una visión personal de su tierra, no limitándose a ser la típica guía. El itinerario que siguió para su elaboración comenzó en Sevilla y finalizó en Jaén. El resultado final de este viaje fue publicado por ediciones Destino en 1958 con el título de *Andalucía*. La edición de la que hemos extraído los párrafos que a continuación reproducimos es la tercera, fechada en Barcelona en 1973. Las páginas 503-530 que relatan su paso por nuestra provincia están ilustradas con espléndidas fotografías de Ramón Dimas y otros fotógrafos.



"Campings bien atendidos se suceden en la costa almeriense".



"Los niños ayudan a la faena de los faluchos".

ALMERÍA DORADA

Son varios los viajeros ingleses o franceses que al llegar hacia los llanos de Almería anuncian la entrada en la "España incógnita". Pero no se crea que esto tiene en sus palabras un acento despectivo. Al revés. El viajero europeo no suele venir a España a seguir viendo Europa. Ni San Sebastián, ni Barcelona, ni Bilbao son sus fundamentales objetivos. Viene precedido de una excitante ilusión de "exotismo". Granada, Sevilla, Córdoba se lo dan a manos llenas por sus buenas y abundantes dosis de "orientalismo".

Ahora, las estepas de Almería, tan ásperas, tan secas, le van a dar otro tipo de emoción "diferencial", menos vinculada al monumento; más derivada del paisaje y el hombre. El adjetivo "incógnita" -cuando precisamente se marcha a conocerla- es para la tierra

de Almería todo lo contrario de un desdén. Evoca ideas, también orientales, de serrallo y velo sobre la cara femenina. Levantar el velo de una mujer es una operación literaria que ha tentado siempre la imaginación de todo el que se acerca hacia algo "oriental" con someras documentaciones de *Las Mil y Una Noches*.

¿Decepciona la cara de Almería cuando se le levanta el velo?... Vamos, por pasos, hacia el descubrimiento de su verdad. A Almería le era difícil mantener las competencias que la rodean. La cercan por dos flancos la vega de Murcia y la vega de Granada, los dos fundamentales paraísos de España; las dos obras maestras, con Valencia del regadío. Se llega a ella por una "ruta del sol" -Nerja, Almuñécar, Motril, Adra, los llanos de las Dalías- que discurre entre una franja de vegetación colorista y aromática, y otra de mar azul, casi blanco a veces bajo el sol. Letreros comerciales de hoteles y restaurantes, pregones políglotas de garajes y neumáticos, bordean el camino entre buganvillas y adelfas. Viñedos con racimos azucarados de sol bajan, como bandas de polluelos, desde las colinas a la carretera. Cuando ésta se decide a despegarse del flanco marítimo y meterse, buscando a la capital, por sus llanadas circundantes, a Almería no le queda otro recurso sino el de jugar rabiosamente la baza contraria: ser resueltamente seca, esteparia, espectacularmente desnuda. Entre tanto verdor lujuriente, la gracia casta y torera de Almería consiste en saber "mantener el tipo".

ALMERÍA

Dejado Motril vamos resueltamente a Almería; la ciudad extraviada en la esquina del mapa, que no es camino para ninguna otra -y menos para el centralista y absorbente Madrid- y que, por lo tanto, exige resueltamente, como una gran señora, ser visitada por ella misma. O me tomas o me dejas, parece el lema de su huraño apartamiento. Pero no se arrepentirá el que la tome.

Ese mismo expeditivo "soy como soy" sella toda su fisonomía. Colocada en una tierra cien veces barrida -piratas mediterráneos, vientos del Cabo de Gata-, nada estable se hizo en ella, y salvo la magnífica Alcazaba, que todavía sobreexcita más la sensación de pueblo "a la defensiva", hay que llegar a las piedras prehistóricas -almerienses- y a las ánforas que enterraron en sus arenas los navíos griegos que periódicamente naufragaban en aquel espolón sudeste de la Península, para encontrar algo que pudiera dictarle un



"Ajena a su remota historia, Adra ve transcurrir su vida en las faenas del mar".



"Preparando las redes en el puerto de Almería".

estilo o un figurín. Para que nada falte, la última guerra interior española colaboró con vientos y piratas en el desmantelamiento de la ciudad que, por su posición geográfica, fue paso y refugio de enrabiados fugitivos de Málaga y Granada. Todos estos "barridos" sucesivos han dado lugar a una Almería voluntariosa y geométrica como una "maqueta" de sí misma; clara, limpia, radiante, rectilínea; con su poco de Place de l'Etoile y todo, en su Puerta de Purchena, a donde convergen sus amplias avenidas del Generalísimo y del Obispo Orberá.

El turismo aumenta en Almería y los almerienses tienen -como no pocas ciudades españolas- inscrito en el programa de sus urgencias e ilusiones la palabra "hotel". Pero no importa. Dos o tres noches se pasan bien en cualquier fonda que equilibre su atraso técnico con la amabilidad servicial y hasta con cierta gracia de ambiente barojiano. No necesitamos más para caminar desde ella, por las avenidas, al centro vital de la Puerta de Purchena, y de aquí por la inevitable calle de tiendas y comercios y la de Lope de Vega, a la de la Catedral. Otra vez estamos ante una comprobación del carácter "defensivo" de Almería. Estar cerca del Mediterráneo abierto fue, durante siglos, valentía y riesgo para un Sagrario católico; y la Catedral está construida sobre el esquema macizo y castrense de una fortaleza. Su torre gruesa y cuadrada, con treinta metros de altura, más parece dedicada a servicios de atalaya que a convocatorias de culto y rezo.

Un patio, en el que el aire de fortaleza es roto por la gracia tropical de los plátanos, da acceso al interior

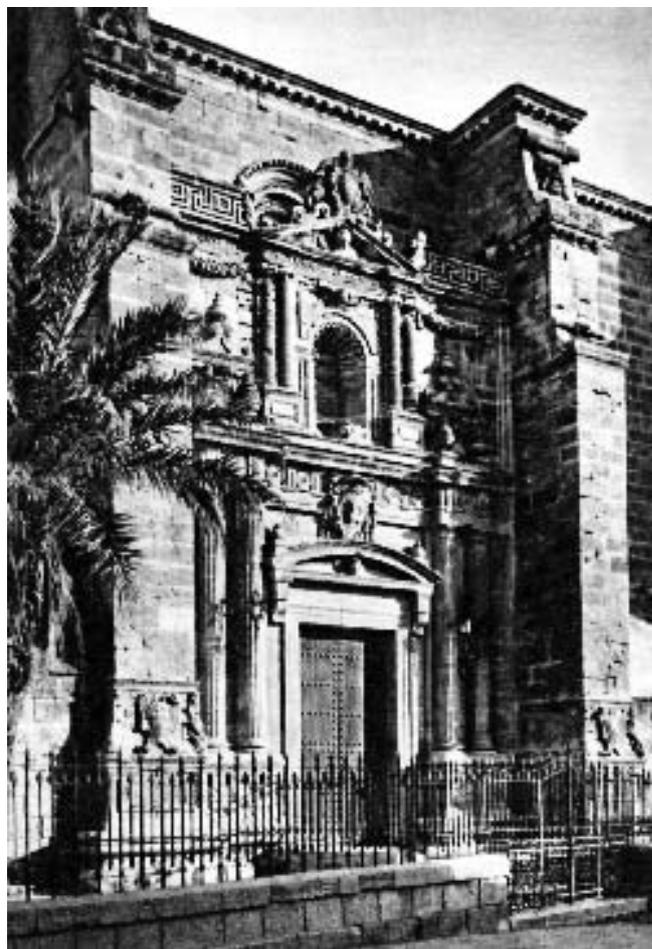
de la Catedral: tres naves del gótico decadente; coro con muy buena sillería de Juan de Orea (siglo XVI) y sepulcro marmóreo del obispo Fray Diego de Villalán, iniciador del templo.

Quizá la sorpresa mayor, en la primera visita a Almería, sea el espléndido puerto, bien abrigado de levante por el Cabo de Gata y el macizo bastión de la sierra del mismo nombre. Por este puerto salieron durante la campaña de exportación del 1954-55 doce millones de kilos de naranjas y más de veinticuatro millones de kilos de uvas, amén de los cargamentos de mineral en los que la provincia, tan desconocida y con frecuencia tan injustamente tratada, tiene tan rica variedad. Como que produce, por ejemplo, oro, amigo lector, en cantidades que han llegado en ocasiones a los siete millones de kilos anuales de cuarzo aurífero, con una producción de veintiocho kilogramos de oro en lingotes.

Pero, sin duda, el monumento más importante de Almería, y contra el que no ha podido el ciego ímpetu destructor de los hombres, es su Alcazaba. Sobre una altura de setenta metros, cuyas aristas se meten en la misma ciudad, levantaron los fenicios un primer reducto fortificado que, aprovechado por los sucesivos pueblos invasores, fue perfeccionado y ampliado por los árabes a partir del setecientos. Cuatrocientos años estuvieron sus lienzos, cubos y contrafuertes alzados sin desmayo ante todos los ataques, y sólo al largo sitio puesto por Alfonso VII hubieron de rendirse por hambre sus defensores.



"Detalle de la sillería del coro".



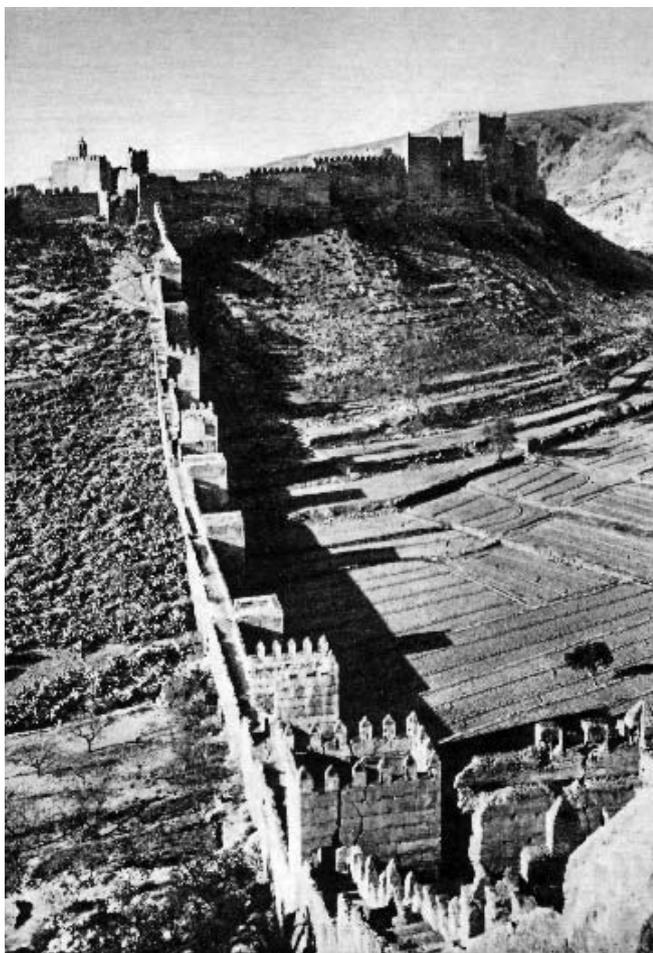
"La catedral de Almería tiene un aspecto de fortaleza".

En la actualidad, la Alcazaba ha entrado en la órbita de ese movimiento urbanístico, lleno de pasión estética, que casi podríamos llamar "granadino", porque creo que su iniciación ha sido la utilización y revalorización que Granada ha ido haciendo, con más impulso artístico que compromiso arqueológico, de sus piedras, sus jardines y sus aguas. La "restauración" -que, como ahora está de moda en política, más bien debiera llamarse "instauración"- de la Alcazaba almeriense, está presidida, en efecto, por ese empeño de lograr con murmullo de canalillos y acequias, estrategia de flores y escenografía de luces, esos efectos que en la Alhambra y el Generalife de los Festivales de Gallego Burín y de Pepe Tamayo, buscan más que restaurar los monumentos para la contemplación, reconquistarlos para la utilización vital: para la fruición estética del concierto y la representación dramática.

"¡Almería dorada!" Lo dijo Manolo Machado sin duda por el color de sus piedras en algunos atardeceres; sin duda por el matiz de sus tierras esteparias al-

gunos días... Posiblemente también por los riquísimos cuarzos auríferos que a menudo ilustran sus arenas.

Pero el oro que "dora" a Almería es oro en depósito; "cobertura", como dicen los bancos, para una emisión de porvenir. Ya hemos visto como la disminución de la simpática ciudad ha sido obra de accidentes humanos o físicos: piratas, guerras, terremotos. Temblores de tierra o de almas. Tampoco la estepa que domina en sus tierras circundantes es del todo puro castigo de la Naturaleza. Es cierto que hoy día la sequedad es impresionante, y entre la capital y el Cabo de Gata - Campos de Níjar- apenas recibe la tierra el módico rocío de doscientos milímetros anuales. También es cierto que hay kilómetros y kilómetros donde no hay una rama de árbol que ahorre a la tierra un rayo de sol. El desequilibrio entre esta llanada esteparia y la seca meseta del Marquesado, con sus mil doscientos metros, produce en el aire una tensión eléctrica que a veces, como en 1945 en la Sierra de los Filabres, ha llegado a provocar fenómenos de combustión espontánea, tra-



“Cuatrocientos años estuvieron sus lienzos alzados sin desmayo ante todos los ataques”.



“La Alcazaba se urbaniza rápidamente”.

ducidos casi mitológicamente por la credulidad popular que los contemplaba desde esas cuevas que en tantas zonas de la provincia dan un sentido elemental y prehistórico a la vida. Pero todos estos latigazos de la Naturaleza -que no me atrevería a llamarlos con énfasis bíblicos “maldición”, por el sonriente y bien humorado equilibrio con que lo sufren los almerienses- dejan todavía bastante sitio a la acción directa del hombre. La “estepa” almeriense, opinan los técnicos, como algunas de Castilla y la Mancha -y la sequedad climática que, en círculo vicioso, es en parte su causa y su efecto-, ha sido producto de muchas talas frívolas y antieconómicas. La imagen muy ganivetiana, muy del “noventa y ocho”, de una España aventurera e hidalga gastándose su capital de madera para costear empresas metafísicas, matando “la gallina de los huevos de oro”, no es del todo rebuscada ni intelectualista. El buen éxito de algunas manchas de repoblación forestal lo indican así. Y no menos los muñones de encinas que melancólicamente se descubren en la pelada Sierra de los Filabres o los pinos de

Alepo que -asegura Sermet- brotan espontáneamente en la cordillera de Gata.

No cabe duda. Esta tierra evocadora, donde lo más grande es siempre la arqueología, tiene también a flor de tierra, para reprensión y consejo su poco de arqueología forestal.

Porque la “arqueología” es de lo más ilustre en esta tierra, que, en parte, en su zona de cuevas, parece prolongar una vida prehistórica. Todo un período, un nivel de la prehistoria hispánica ha merecido el apellido de almeriense. Durante mucho tiempo el Museo de Prehistoria, que M. Siret conservó hasta su muerte en una finca de su propiedad, fue el más importante de España.

Es la “almeriense” una de las tres grandes culturas de nuestra prehistoria con *“gran vitalidad que tiene una larga floración en la Península durante todo el eneolítico”*.



"En la Chanca las casas parecen confundirse con el terreno".



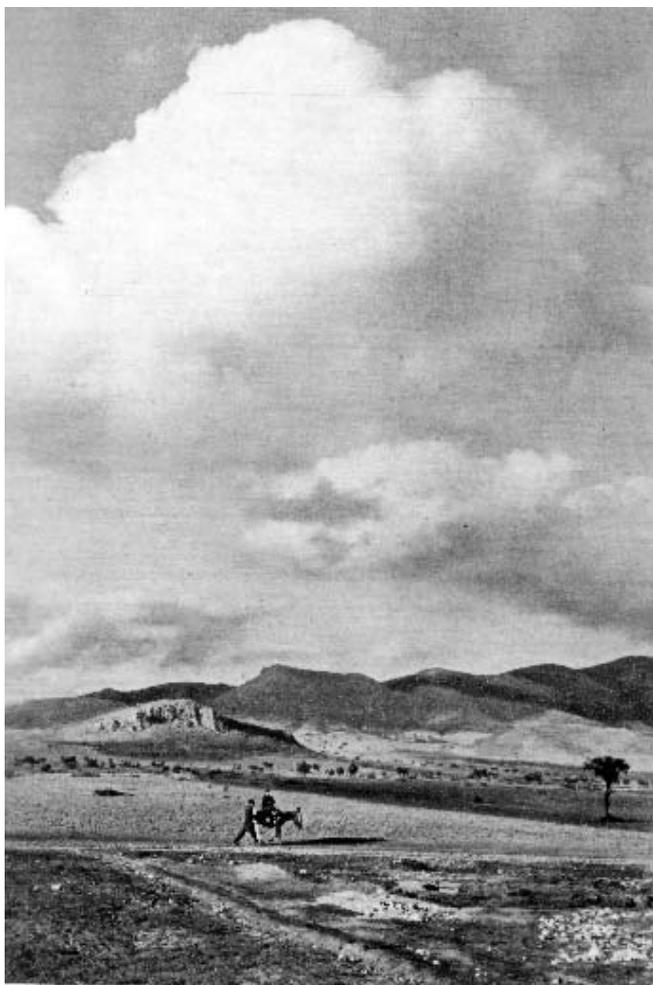
"La Chanca, el barrio más humilde de Almería, heredó su nombre de las antiguas almadrabas".

Localizada entre las desembocaduras de los ríos Antas y Almanzora, fueron los descubridores de esta importantísima cultura los ingenieros belgas, hermanos Siret, al fin del siglo pasado. Los restos estudiados no ratifican el riesgo que supuso, desde estas remotas edades, la situación de Almería, ya que es típico de estos pobladores agruparse en poblados fortificados situados en pequeñas colinas no distantes de la costa. Pero, a pesar de este carácter defensivo que evoca la dificultad y el riesgo, una de las características de la cultura almeriense está constituida por los objetos de adorno: brazaletes, anillos de mármol y conchitas perforadas para ser utilizadas como colgantes, al igual que hacen hoy nuestros niños en las playas. La belleza de la arqueología está en eso; en que es la vida cotidiana y privada la que fundamentalmente nos entregan sus documentos de piedra y bronce. La arqueología es una historia sin héroes. No sabemos cómo se llamaban los jefes y capitanes de aquellos poblados almerienses, sabemos cómo se adornaban sus mujeres; cómo cocinaban; cómo enterraban a sus niños; cómo hacían sus cántaros, sus platos y sus botijos.

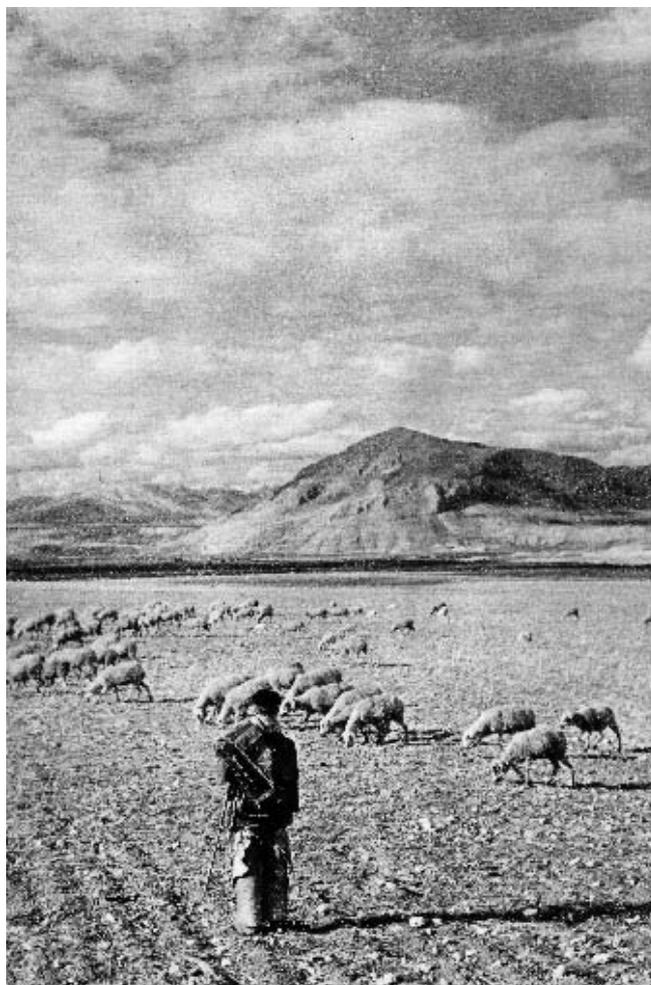
Conforme el Eneolítico avanza aproximándose a la Edad de los Metales, la cultura almeriense va adquiriendo mayor importancia por la utilización de su variada y abundante riqueza metalúrgica. La estación de Los Millares, situada en una altura de sesenta metros, que el río Andarax contornea por tres partes, es una interesantísima muestra de poblado fortificado

cuyo interior abarcaba una gran necrópolis dolménica con más de cien tumbas. Aquí las armas y los característicos objetos de adorno son de cobre, además de los conocidos colmillos de jabalí, peines de marfil y botones de hueso. Por Murcia y Levante, esta cultura de Almería se va extendiendo hasta Cataluña y penetra en Aragón y el alto Ebro. Entonces -hace varios millares de años- no ya Granada, sino todos los poblados mediterráneos de España eran "alquería" respecto de aquellos remotos antepasados almerienses. Refiriéndose a esta época escribe don Alberto del Castillo en la magna *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal: "Si tuviésemos que asignar una actividad preponderante a las gentes que desarrollaron la cultura de Almería, no dudaríamos en atribuirles la metalúrgica... Y junto a este distintivo... el pueblo almeriense presenta otro que explica su enorme fuerza expansiva: nos referimos a su carácter eminentemente guerrero".

Para quienes interese realmente este aspecto arqueológico del recorrido a Andalucía, que adquiere aquí nobleza de verdadera veteranía, se impondrá el desplazamiento a más de un centenar de kilómetros hasta Antas, en la carretera de Huércal-Overa. Allí, en las márgenes del río Antas y a unos doce kilómetros de la costa, se encuentra la estación de El Argar, cuya cultura, al decir de don Juan de Mata Carriazo "se ofrece como una de las más completas de la prehistoria española y de las más interesantes para la prehistoria de Europa". Se calculan en cuatrocientos los habitantes de aquel



"La estepa almeriense ha sido producto de muchas talas frívolas y antieconómicas".



"Un rebaño de ovejas al pie de la Sierra de los Filabres".

poblado industrial y guerrero que ha legado a la posteridad varios centenares de piezas interesantísimas de su ajuar doméstico o de su equipo militar: hachas, sierras, martillos, discos, vasos, cuchillos, etcétera.

Característica de esta cultura es la cerámica y, dentro de ella, los grandes vasos funerarios, verdaderas tinajas, en las que emociona encontrar esqueletos femeninos con pesadas diademas de oro sobre el cráneo pelado. Las características de estos enterramientos han permitido hallar también trozos de vestido de tela de lino con dobladillos respunteados. Ya lo digo: sabemos de las costureras y los joyeros de Almería todo lo que ignoramos de sus capitanes.

A cada momento saltan de la historia almeriense, como de una hoguera, chispas retrospectivas, incitantes y prometedoras. *Portus Magnus* llamaron los romanos a la bahía de Almería por su extensión e importancia. Y cuando después de haber sido "reino de taifa",

perdido y recobrado varias veces durante la decadencia árabe, fue absorbido por Granada hasta la división territorial de 1833 que la constituyó en provincia, Almería lloraba su pérdida grandeza en este melancólico y conmovedor adagio: "*Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería*".

No creo que nunca Granada, la huertana y turística, vuelva a ser la "alquería" de los almerienses. Pero sí creo -¿por qué no?- que Almería pueda volver a ser Almería. Tanto como la Historia canta en ella promesas el suelo. La pequeña mina de oro de Rodalquilar habla de posibles extracciones más económicas y provechosas del insigne mineral. Unos sondeos en los Campos de Níjar han descubierto ese otro oro moderno y apestoso que es el petróleo. Las salinas del Cabo de Gata son ricas de bromo... Claro está que toda esta promesa del subsuelo puede llegar tarde si la revolución atómica desconcierta toda la economía de la "energía" del mundo, como esperan



"La carretera cruza un típico paisaje de la Almería esteparia".



"Al crudo sol almeriense se secan las artes de pesca".

los profetas muy enterados de la física y de la tecnología. Pero en ese caso me temo que toda Europa llegará tarde. Y Almería resultará que se le habrá sencillamente "adelantado" con su riente y ascética vida prehistórica de las cuevas, que será el nuevo pintoresquismo que los turistas americanos vendrán a fotografiar en toda Europa.

Porque eso es lo que no falta en toda esta humanidad almeriense, entre estoica y morisca: vitalidad templada y riente humor. Cantando y riendo, si veníamos de Madrid, entramos por la Andalucía cordobesa de don Juan



"Vaso del Llano de la Atalaya". (Colección Siret, de Herrerías).

Valera. Ahora, si nos vamos por ella, hacia Murcia, salimos riendo y cantando. Si nos hemos metido ya en tierras murcianas, todavía al amanecer de nuestro primer día fuera de las fronteras béticas, podemos oír una "taranta". Es todavía

Almería. Si, al contrario, por morosidad o desgana de la partida, nos hemos detenido a pernoctar, dentro de la provincia, en tierras del Marquesado, es fácil que nos despierte, con sus coplas, la Cofradía del Rosario de la Aurora. Son ya los "auroros" murcianos. Un intercambio de coplas disimula y suaviza la frontera entre Andalucía y el Levante.

